

MATERNAR EN LO DISTINTO

En la vida de Mónica Aguilar, la experiencia siempre pesó más que cualquier manual. Desde niña, supo lo que significa aprender distinto: leer en voz alta era un tormento, y las burlas de sus compañeros dejaron huellas que se transformaron en inseguridad durante años. Esa vivencia marcó su sensibilidad y, sin que lo supiera entonces, sería la raíz de su futuro profesional.

El momento más decisivo llegó con el nacimiento de su hija Anna, a los seis meses de gestación. Los médicos hablaron de mínimas probabilidades de sobrevivir, pero Mónica nunca aceptó ese pronóstico.



Sabía, sin embargo, que la prematuridad implicaba un camino largo: cada aspecto físico y cognitivo debía alcanzar el tiempo que la biología había interrumpido.



Cinco años más tarde, la noticia fue agridulce: Anna estaba físicamente sana, pero aprendía a un ritmo distinto. El pediatra explicó que una leve hemorragia cerebral al nacer podía haber dejado microlesiones, suficientes para afectar la memoria y la capacidad de retener información.

Cuando la familia se mudó a Estados Unidos, el desafío se hizo evidente. En kínder, los maestros notaron las diferencias, pero negaron apoyos alegando un problema de idioma, a pesar de que Anna ya dominaba el inglés. Hubo que esperar hasta segundo grado para recibir una ayuda mínima. Mónica entendió entonces que debía convertirse en la voz de su hija.



Ese nuevo espacio marcó un antes y un después. Allí, Anna aprendió a su propio ritmo, recuperó la confianza y hasta se convirtió en ayudante de la maestra, apoyando a sus compañeros. Con los años, fue integrando materias regulares hasta que, en su último año de High School, alcanzó lo impensado: solo calificaciones de excelencia, un premio como la mejor estudiante de química de su curso y un futuro que la ilusiona con estudiar ingeniería aeroespacial.

Para Mónica, las noches de tareas interminables, las frustraciones y la incertidumbre fueron parte de un proceso duro, pero también revelador. Hoy, al acompañar a otras familias, no se presenta solo como especialista, sino como madre que atravesó en carne propia lo que significa criar y educar en lo distinto.

Encontró en Pasadena una agencia que enseñaba a los padres a defender los derechos educativos de sus hijos. Fue ahí donde empezó a asistir a juntas de educación especial, un espacio en el que rara vez veía a otros padres. Su perseverancia la llevó a negociar con la directora del área, quien le ofreció un programa en otra escuela. El aula incluía niños con autismo, síndrome de Down y retraso intelectual, algo que muchas familias rechazaban por temor a la etiqueta.

Mónica no dudó. Recordó su propia infancia, la inseguridad de sentirse diferente, y supo que lo peor para Anna sería quedar siempre atrás. Aceptó el reto.



“Lo que se estudia en una cátedra nunca se vive igual que en el día a día”, afirma. Su casa fue el primer salón y su hija, la maestra más exigente. De ahí nacen los cimientos de su profesión: de maternar en lo distinto y descubrir que, a veces, el ritmo más lento termina enseñando las lecciones más profundas.